

PERORACIÓN. — Una palabra más y concluyo... Para recibir bien este sacramento, es menester confesarse, si se puede. ¡Ah!... ¡cuán útil sería también recibir el santo Viático!... ¡Cuán maravillosa virtud daría á las santas Unciones, Jesucristo presente aún en el alma y en el cuerpo del enfermo! Actos de contrición, de confianza en Dios, de resignación á su santa voluntad; tales son, hermanos míos, los sentimientos de que deberíamos estar animados, cuando se nos trae este Sacramento de los enfermos.. ¡Ojalá podamos todos un día tener la dicha de recibirlo con santas disposiciones!... Será para nosotros la prenda, la garantía de una sentencia favorable, cuando compareceremos ante aquel juez supremo que allá arriba nos aguarda... Así sea.

## INSTRUCCION TRIGESIMO OCTAVA.

SACRAMENTO DE LA EXTREMA UNCIÓN.

### INSTRUCCION CUARTA.

CIRCUNSTANCIAS QUE HAN DE ACOMPAÑAR LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DEL CRISTIANO; SUS FUNERALES, SU ENTIERRO.

TEXTO. — *Fili, in mortuum produc lacrymas... Secundum iudicium contege corpus illius, et non despicias sepulturam illius.* Hijo mío, llora á tu amigo muerto... Entiérrale con decencia, y dale una sepultura conveniente.

(ECCLESIASTICO, CAP. XXXVIII, VERS. 16.)

EXORDIO. — Hermanos míos, al recorrer la historia de algunos impíos famosos del siglo pasado, se ve que muchos de ellos, al estar próximos á morir, pidieron en alta voz el ministerio del sacerdote y los sacramentos de la Iglesia... Pero una especie de Satanás, compañero suyo de impiedad, permaneció á la puerta para alejar de aquellos im-

píos moribundos al ministro de Jesucristo... Luego, en sus correspondencias, aquellos malva los se gloriaban del éxito que habían alcanzado... — « Sin mí, escribía uno de ellos, hablando de un impío célebre, hacía la *plancha*, es decir, se confesaba y se retractaba de sus errores (1)... » En algunas de nuestras ciudades principales hay establecida desde hace bastantes años una infernal sociedad de impíos. Se les llama los *solidarios*, y se comprometen por escrito á no recibir al sacerdote en sus últimos momentos y, dispensadme la dureza de la frase, á morir como unos perros.

Más de una vez se ha visto á imprudentes que, en un instante de extravío ó al resplandor de una orgía, habían firmado este contrato maldito, tratar de retractarse en la hora de la muerte, pedir llorando que dejasen que se aproximase á ellos un sacerdote, proclamar en alta voz que querían morir como cristianos... ¡Nó!... Satanás estaba junto á ellos, bajo la figura de un amigo... ¿De un amigo?... ¡Qué he dicho!... ¿Acaso esos brutos conocen la amistad?... Bajo la figura de un malvado sin corazón, ó de un conocido corrompido... Y le mostraban á aquel pobre moribundo el compromiso que había firmado... « Tú lo has querido, le decían; no hay ni sacerdote, ni oraciones, ni sacramentos junto á tu lecho de muerte... » Y el desgraciado espiraba entre la rabia y la desesperación...

¡En vano se había despertado en aquella alma, en otro tiempo cristiana, un resto de fé; en vano, á la luz de las terribles claridades que proyecta la proximidad de la muerte sobre el alma de aquel desventurado, claridades que le muestran el escándalo de su vida y el juicio que le espera!... ¡En vano, repito, habría querido lanzar un grito de arrepentimiento, y probar de hacer un llamamiento supremo á la inefable misericordia divina!... Nó; aquellos infames proveedores del infierno no lo permitirán; endurecido y maldito de antemano, caerá en poder de la justicia divina (2)...

(1) Correspondencias de Dalember, Condorcet, Voltaire... Y aquel incomprendible Lamennais ¿no tuvo que pasar, apesar de las instancias de una piadosa sobrina suya, por esta prueba de reprobación?

(2) A propósito de estas muertes infames, y de las ocultaciones que las han seguido, véanse los *Diarios belgas* y ciertos *Diarios franceses*.

Decidme, hermanos míos muy amados, ¿no son verdaderos demonios esos infames, esos frenéticos impíos que persiguen al enfermo hasta en su última hora, que le niegan todo consuelo y que se retiran *contentos* cuando le han visto morir como un réprobo?.. ¡Bárbaros! ¡mónstruos! ¡verdaderos demonios!... Porque ¿qué otro nombre se les puede dar?...

Os estremece, hermanos míos, el saber estos hechos... Esta impiedad cruel, fría y calculada, en presencia de un moribundo que lucha contra los remordimientos de su conciencia y que quisiera poner un término á esta lucha... ¡sí, os parece increíble!... Y sin embargo en nuestros días estos hechos no son raros en nuestras grandes ciudades, y hasta en ciertos pueblos corrompidos...

Permitidme ahora decir os que hay ciertos parientes que, sin ser tan impíos, son casi tan culpables; su ciega y estúpida ternura quisiera que aquellos á quienes aman, ya no fuesen otra cosa que cadáveres cuando nosotros les administramos la Extremaunción... ¡Cuántas veces hemos oído recomendaciones como la siguiente: ¡Oh, no le diga V. nada, no le hable sobre todo de Confesión, ni de Extremaunción!... Este pobre enfermo aún tiene demasiado conocimiento... Si urge algo, ya se le avisará... » Y á veces ni si quiera se viene á avisar... Cobardes, insensatos, cristianos de poca fé, les diré á los que hacen semejantes observaciones; ¿creeis que los sacramentos recibidos con buenas disposiciones no producen más fruto?... ¡Cómo! ¿Vuestro padre ó vuestra madre van á morir y no quereis que se preparen lo mejor posible para este viaje tan largo, para este gran viaje de la eternidad?... Vosotros sereis la causa de que mueran como mueren los impíos... Poca diferencia hay entre vosotros y esos infames *solidarios* de que hablaba; porque también vosotros sois proveedores del infierno...

Largamente he insistido, amados hermanos míos, sobre este pensamiento... Es tan importante... porque desgraciadamente cuando estamos enfermos, depende generalmente de las personas que nos rodean la manera como nos disponemos para comparecer ante el tribunal de Dios...

PROPOSICIÓN. — Esta mañana deseo haceros todavía algunas obser-

vaciones, que en cierto modo se relacionan con el sacramento de la Extremaunción...

*División.* — *En primer lugar*, circunstancias que deben acompañar á los últimos momentos de un Cristiano; *en segundo lugar*, sus funerales y su entierro...

*Primera parte.* — Cuando hemos tenido la dicha de recibir dignamente el sacramento de la Extremaunción, no vayais á creer, hermanos míos, que está todo listo... Nó; los que estamos enfermos debemos, cual os lo decía al terminar mi instrucción anterior, debemos expresar á Dios nuestro reconocimiento por la gracia que se nos acaba de otorgar, hacer actos de fé, de esperanza, de caridad, de contrición, resignarnos plenamente á la santa voluntad de Dios... En estas solenes circunstancias, un verdadero cristiano besa frecuentemente el crucifijo, pronunciando el dulce nombre de Jesús; se encomienda vivamente á su Angel custodio, al santo Patrono cuyo nombre lleva... ¿Os podría olvidar á vos, misericordiosa Madre de Jesús, bondadosa Virgen María, sostén y consuelo de los enfermos?... ¿Y á vos glorioso san José, patrón de la buena muerte?... ¡Ah! ¡cuán grande es vuestro poder en esta hora suprema!... La muerte no tuvo angustias para vos; Jesucristo, vuestro hijo adoptivo, sostenía vuestra cabeza espirante y os daba una de sus más tiernas bendiciones; la Augusta María, teniendo vuestras manos entre sus manos virginales, las regaba con sus lágrimas, y con su mirada os señalaba el cielo... Ved ahí, hermanos míos muy amados, los santos á quienes, al morir después de haber recibido la Extremaunción, ha de encomendarse un Cristiano en sus últimos instantes...

Veamos ahora los deberes que en esta circunstancia tienen que cumplir, si son verdaderos cristianos, los parientes y los amigos que rodean el lecho de aquel moribundo... De cuando en cuando deben acercar la imagen de Jesús á los labios de este último; echar algunas veces agua bendita sobre su lecho y repetir á sus oídos algunos pensamientos piadosos, para inspirarle sentimientos de resignación, con-

fianza y abandono en la misericordia divina (1)... No olvideis, carísimos hermanos, que entonces los minutos son preciosos, y que cuanto mejor dispuesta esté el alma de aquel pobre enfermo á comparecer en la presencia de Dios, menos tiempo penará en las prisiones del Purgatorio...

Tampoco esperéis á que el moribundo haya perdido enteramente el conocimiento para rezarle las preciosas oraciones de los agonizantes... Si es buen cristiano, estará contento de oírlas; hacédle saborear, por medio de una recitación lenta, los bellos sentimientos que encierran... Oíd algunos... « Te recomiendo, hermano mio, al Dios omnipotente, de quien eres obra; para que, cuando hayas pagado este tributo de la muerte, puedas volver hácia este Dios que te formó del limo de la tierra... que la brillante asamblea de los Angeles salga al encuentro de tu alma, cuando ésta haya dejado tu cuerpo; que los Apóstoles y el ejército triunfante de los Mártires acudan á su encuentro, y se vea rodeada por la multitud de los santos Confesores y el gozoso coro de las Vírgenes; que goce del reposo de los escojidos en el seno de los Patriarcas... Que Jesús se te aparezca lleno de dulzura y te admita entre los que deben formar su comitiva... » Y por este estilo es el resto de esas bellas oraciones, que podeis leer en uno de esos libros piadosos, que todas las familias tendrían que poseer...

Una reflexión triste, hermanos míos, y sin embargo profundamente cierta, es la de que, en muchas familias, no se consuela bastante á los moribundos, y que con frecuencia no se tiene cuidado en decirles ó hacerles decir las oraciones de los agonizantes.. Parientes crueles y apáticos, no teneis fé, nó; no amais, nó, á vuestros parientes... Sollozais, lanzais gritos..; Vana apariencia!.. Lo que es yo no creo ni en vuestros gemidos, ni en vuestras lágrimas. Sois unos miserables, puesto que en la hora de la agonía no habeis dado á aquellos queridos seres moribundos el único auxilio que necesitaban, el de la oración... ¿ No es verdad, hermanos míos muy amados?... »

(1) *Ritual romano*. Conviene insistir en estas tan sábias recomendaciones, con tanta frecuencia ignoradas, y con mayor frecuencia todavía descuidadas.

Un hombre, célebre por sus escritos y por su impiedad, se había convertido al ver los excesos de la primera revolución... Era el famoso La-Harpe... Vivió todavía muchos años..Sintiéndose enfermo y próximo á la muerte, se hacía leer cada dia las oraciones de los agonizantes. Fué á verle uno de sus amigos, y le encontró completamente absorbido en esta piadosa ocupación; pareció sorprenderse y el moribundo, presentándole una mano descarnada, le dijo: « Amigo mio, le doy gracias al cielo, que me ha conservado bastante despejada la inteligencia para poder comprender cuán bello y consolador es esto (1)... » Dijiste la verdad, ilustre convertido... Sí, es bello y consolador.. Sí, son dulces los últimos momentos del cristiano, que muere provisto de la Extremaunción y de los demás sacramentos que le ofrece la Iglesia en aquel solemne instante... Si está rodeado de una familia piadosa que, como él, crea en el cielo, en la inmortalidad del alma y en la inmensa misericordia de Dios, tenedlo por seguro, aquellas últimas horas de su vida no son ni las menos dulces, ni las menos consoladas..... Puede decir, como el santo anciano Simeón: « Ahora, Señor, deja partir en paz á tu siervo... » Parte pues, alma cristiana, y vé á concluir allá en el cielo el cántico de la libertad! (2)...

*Segunda parte.* — Funerales del Cristiano, respeto con que la Iglesia trata sus restos mortales... No todo ha concluido aún... El enfermo ha exhalado el último aliento, su alma ha comparecido ya á la presencia de Dios... Veo á toda una familia cubrir, llorando, de piadosos besos aquella frente que humedecieron y enfriaron los sudores de la agonía... Son lágrimas, gritos y gemidos capaces de partir el corazón... Quiero creer, parientes de este amado difunto, que es sincero vuestro dolor.... Pero basta de sollozos y lamentos; hacédle á este cuerpo el último tocado y procurad que en estos postreros preparativos todo recuerde que fué cristiano... Envolvedle en un blanco sudario; cruzadle los brazos sobre el pecho; rociad con agua dedita su lecho mortuario; rogad para el descanso de su alma.. Pero, como vuestra oración será de vez en cuan-

(1) V. d'Hauterive, *Grand Catéchisme*.

(2) V. Oración de los agonizantes.

do interrumpida, haced que arda una lámpara ó un cirio cerca de sus helados restos...

Hermanos míos, la lámpara que arde, día y noche, delante de este altar, es no solamente un testimonio de nuestra fé en la presencia de Jesucristo, sinó además una plegaria muda, que toda la parroquia dirige al Dios del santuario... Asimismo, esta luz que encendemos junto al cuerpo de nuestros parientes difuntos, es á la vez un testimonio de nuestra fé en la inmortalidad del alma, y una especie de oración, que sube hácia Dios para el descanso de sus almas.. Restos preciosos de nuestros parientes, día y noche mientras permanezcáis en esta casa, uno de nosotros á lo menos estará á vuestro lado, y más de una vez vendrán amigos piadosos á echar sobre vosotros el agua consagrada por la Iglesia; se arrojarán junto al lecho donde yaceis, para encomendar á Dios vuestra alma con fervorosas plegarias...

Carísimos hermanos, estos sencillos detalles que os acabo de dar, que vosotros conocéis y que no son más que el cuadro compendiado de lo que pasa, ó debería pasar en toda familia cristiana, ¿no os manifiestan ya la dignidad de nuestros restos mortales y el respeto de que la Iglesia quiere que se les rodee? Porque, ya veis, la Iglesia cree y todos nosotros también creemos en la resurrección de este cuerpo...

Pero prosigamos... Han transcurrido uno, dos ó tres días, y el cuerpo está encerrado en el ataúd... Ved la cruz que se adelanta seguida del sacerdote ó del clero... ¿Qué vienen á hacer? Vienen á buscar el cuerpo de este difunto, para conducirlo á su última morada... Un canto piadoso, lúgubre y lleno, sin embargo, de esperanza preside á esta ceremonia; las puertas de la Iglesia se han abierto para este cristiano, cual se habían abierto en el día de su Bautismo, en el día de su primera Comunión!.. Se le deposita en este sagrado recinto; ocupa en él un sitio de honor... « Santos de Dios, venid en su auxilio; Angeles del Señor, acudid á su encuentro, recibid su alma y vuestras augustas manos lo presenten al Altísimo... » Tales son las primeras palabras que acojen los restos mortales del difunto... Después empieza el oficio... « Fieles aquí presentes, dicen los sagrados cánticos; venid, adoremos juntos al rey, ante quien toda alma está viva. » Concluido el oficio, el sacerdote revestido con ornamentos negros, sube al altar...

Demasiado largo sería explicaros detalladamente las bellas oraciones del Oficio y de la Misa de Difuntos... Todos vosotros las podeis leer piadosa y atentamente, y comprendereis perfectamente su sentido... Pero permitidme no más un pensamiento, hermanos míos... Representáos bien á Jesucristo sobre este altar, y los restos mortales del cristiano colocados aquí, en este mismo recinto... Jesús, Salvador nuestro, Dios de la Eucaristía, hemos traído á este santo lugar estos restos mortales, con el fin de recomendar más vivamente á vuestra bondad, á vuestra clemencia el alma de este caro difunto... ; Oh, Salvador todo misericordioso, os conjuramos á que os dignéis concederle el descanso eterno... *Pie Jesu Domine, dona ei requiem*... De modo que se aplican á esta alma los méritos del santo Sacrificio... Por esto cuando se traslada el cadáver desde este sagrado recinto á la fosa que lo ha de recibir, los cantos de la Iglesia estan llenos de esperanza... Escuchad : *In Paradiso deducant te angeli*. Los Angeles te introduzcan en el Paraiso, te reciban los Mártires á tu llegada y te conduzcan á la santa Jerusalén... Por último, se bajan á la fosa los restos del Cristiano, para que aguarden allí la venidera resurrección... Entonces oigo á Jesucristo, dirigiendo á los afligidos parientes, á aquella consternada familia las palabras de consuelo que en otra ocasión dirigía á las hermanas de Lázaro... « Yo soy la resurrección y la vida; el que en mí cree, aun cuando esté muerto vivirá; todo aquel que vive y en mí cree, no morirá eternamente. » Después de haber rociado por última vez con agua bendita y perfumado con los vapores del incienso los restos de aquel Cristiano, é invocado, antes de retirarse, el descanso eterno para el alma que ocupaba aquel cuerpo, el sacerdote se aleja de la tumba, rezando todavía una postrera oración.

Más de una vez os he dicho (1), hermanos míos muy amados, que este cementerio donde colocamos los restos de nuestros hermanos es una tierra santa y bendecida... Sí; la Iglesia ha querido que ese campo donde reposan nuestros muertos católicos, fuese una tierra consagrada, un lugar que no se debiera visitar sinó con respeto y veneración... Poco importa que el cuerpo que acabamos de depositar en él sea el del más

(1) Mons. Besson, *sur les Sacrements*.

rico ó del más pobre; que duerma bajo un monumento suntuoso ó bajo una simple capa de yerba, que la primavera hará crecer de nuevo... ¡Sí, poco importa!... Con tal que una familia piadosa piense en él delante de Dios, que una esposa, que unos hijos cristianos vengan de vez en cuando á arrodillarse sobre aquel césped, y á suplicar al Señor que conceda á aquella alma, que sufre tal vez en el Purgatorio, un lugar de refrigerio, de luz y de paz...; Y bien! en este último caso la fosa del pobre es mil veces preferible al panteón del rico...; Ah!... en verdad os lo digo, los pobres que mueren provistos de los sacramentos, rodeados de las piadosas afecciones de que os he hablado, nada tienen que envidiar ni al más gran potentado de la tierra.

PERORACIÓN. — ¡Qué diferencia, hermanos míos muy amados, entre estos honores tributados por la Iglesia á los restos del más humilde cristiano, y esos entierros civiles, de que oímos hablar algunas veces (1)!. En éstos nada de cruz, ni de sacerdote, ni de oraciones... El ataúd no entrará en el lugar sagrado, ni una gota de agua bendita caerá sobre él; ni una cabeza se descubrirá para mirar al cielo... Los acompañantes penetran altivamente en el cementerio, para enterrar en él aquella carne privada de la sagrada Unción y de las futuras esperanzas...; Tened cuidado, malvados!.. Id más lejos.. teneis reservado un sitio que está sin bendición.. Este cementerio la cruz lo cubre con sus protectores brazos; ese cadáver impío que venis á enterrar en él, encontraría aquí los esqueletos de cristianos que se estremecerían de terror al contacto de este despojo animal y enteramente pagano...; Desgraciados! nuestras iglesias os causan horror; pues bien, que á lo menos vuestros inmundos restos no profanen nuestros cementerios... Pero dejemos á esos impíos; nosotros, carísimos hermanos míos, pidamos á Dios la gracia de que no nos deje morir sin haber recibido los sacramentos, de que podamos descansar, como nuestros abuelos, en este cementerio consagrado por las oraciones de la Iglesia, en medio de todos esos fieles que murieron con los sentimientos de la fé más viva y de la esperanza más confiada en la misericordia de Dios... Así sea.

(1) Mons. Besson, *Sur les Sacrements*.

## INSTRUCCION TRIGESIMONOVENA.

SACRAMENTO DEL ORDEN.

INSTRUCCION PRIMERA.

¿QUÉ ES EL SACRAMENTO DEL ORDEN? MATERIA Y FORMA DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Posui vos ut eatis et fructum offeratis...* Os instituí para llenar una misión santa y fecunda en gracias...

(S. JUAN, CAP. XV, VERS. 17.)

EXORDIO. — Hermanos míos, en esta instrucción y en la siguiente os hablaré del sacramento del orden y del sacerdote, tal como la Iglesia católica lo elije y lo consagra; pero antes permítaseme referiros una historia...

Allá por el año mil ochocientos treinta y siete, dos profesores ingleses, aprovechando sus vacaciones, visitaban la ciudad de París.... Una mañana habían entrado en la preciosa iglesia de San Sulpicio... Mientras admiraban las estatuas y los diversos cuadros que la adornan.... ved ahí que de repente se dejan oír cantos piadosos... Los dos visitantes se vuelven sorprendidos... Una larga procesión de jóvenes levitas se adelantaba por el centro de la nave; sus voces suaves y potentes, como armonías celestiales, cantaban aquellas frases de la Escritura santa: « *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi* (1)... Me he regocijado con las palabras que se me han dicho. Sí.. formaremos parte del ejército del Señor... » Los dos profesores, que buscaban sinceramente la verdad, permanecieron en la iglesia todo el tiempo que duró la ceremonia.... Se trataba de una Ordenación...

(1) Salmo CXXI.